

2009

BREVE ENSAYO SOBRE
ÉTICA Y SOSTENIBILIDAD

Jordi Güell

EDICIÓN DEL AUTOR

2009

**BREVE ENSAYO SOBRE
ÉTICA Y SOSTENIBILIDAD**

...únicamente el amor trágico por la perfección es capaz de oponerse a las funestas consecuencias de la posesión totalitaria, es decir, del convencimiento de poseer la perfección. A diferencia del pragmatismo, el nihilismo o la apatía, que implican una renuncia a la utopía, el amor trágico por la perfección exige integrar las tensiones y los equilibrios entre deseo y posesión, entre pasión y compasión, entre desafío a la muerte y respeto por la muerte.

Aventura. Una filosofía nómada.

Rafael Argullol

Al margen de los periodos recesivos que se suceden y forman parte de las incidencias del sistema económico, la actual crisis es, sin duda ya, un acontecimiento histórico. Por su tamaño, por sus repercusiones, por la capacidad de destrucción de empleo y tejido industrial que está demostrando, y por el tiempo que hará falta para recuperar el potencial de crecimiento anterior a éstas fechas.

Nuestras vidas, nuestras rutinas cotidianas, ya han cambiado y según todos los analistas difícilmente el mundo volverá a ser como antes. Por lo tanto, sin dramatismo, asumiendo errores de análisis, y dando por aceptadas mis disculpas a aquellos responsables o profesionales mucho mejor preparados que yo en el sector de la economía, permítanme pisar terreno que no me es propio, aunque sí, de algún modo, me pertenece como a cualquiera de todos los afectados. Difícilmente la economía no ha dejado ni dejará de ser nunca una disciplina arraigada a la sociedad. Y sólo con esta intención deseo se me interprete, y así lograr aportar positivamente, en la medida de lo posible, a un diálogo que por su urgencia y trascendencia debería implicar cuanto antes a todos los sectores de la sociedad, entorno a una misma mesa de dialogo.

El 15 de septiembre de 2008, las autoridades norte-americanas se ausentaron ante la inevitable fallida del banco Lehmann Brothers,

siguiendo los principios neoliberales que dictan libertad para el mercado, y permiten su propia autorregulación. Desde ese día, lo que parecía ser el principio de una crisis seria que llevaba meses golpeando la confianza del sector, se convierte en un auténtico terremoto económico, que arrastra a todas las bolsas mundiales a pérdidas históricas.

Hasta entonces, las deudas que acumulaban los bancos no lograban cifrarse con exactitud y la desconfianza seguía presionando día tras día y durante meses al mercado de crédito. Los primeros balances negativos afectaban ya al interbancario, mostrando menor disponibilidad al préstamo. Además, los datos que indicaban la presencia de los créditos *subprime* en la mayoría de bolsas de todo el mundo, un producto poco regulado y altamente sensible a la inseguridad en el parqué, acabó provocando la fuerte contracción que estranguló la liquidez de los mercados. Lehmann Brothers se vio afectado, y su fallida provocó auténtico pánico en el sector. Citigroup y Bank of America serían, meses después, las siguientes entidades acorraladas por las deudas, con todo el sistema afectado por una contracción de efectos imprevisibles.

Viernes 19 de septiembre de 2008, cuatro días después de la fallida de Lehmann Brothers, el secretario del Tesoro estadounidense Hank Paulson (HP), conmina al congreso de su país a autorizarle para usar 700.000 millones de dólares, para la compra de activos financieros en manos de la banca, sin preguntas ni rendición de cuentas.

25 de septiembre de 2008, justo diez días después a la fallida de Lehmann Brothers y seis días después de la presentación del plan, el entonces presidente de EEUU, George W. Bush, presenta con una grave advertencia televisada para toda la nación, el plan de rescate para el sector financiero de 700.000 millones de dólares, apelando al riesgo que supone para la economía norte-americana no intervenir. El 29 de septiembre de 2008, la Cámara de Representantes de EEUU rechaza el plan y las bolsas de todo el mundo se hunden. El Dow Jones vive la mayor caída de su historia hasta la fecha: 6,98%. El 6 de octubre el Plan Paulson es aprobado en segunda votación. La bolsa de New York recibe la noticia con nuevas caídas.

24 de noviembre de 2008, Citigroup ya contabiliza pérdidas por el 90% de su valor, a pesar de contar con 25.000 millones de dólares del citado Plan Paulson de rescate financiero. El 25 de noviembre de 2008, las bolsas de todo el mundo viven otra jornada de subidas y aplauden otra partida de 20.000 millones de dólares para Citigroup. Hay un evidente cambio de criterio. Desde las fechas de la fallida de Lehmann Brothers, después de una primera resistencia a utilizar fondos públicos para limpiar los activos del parqué, los congresistas valoraron de nuevo la propuesta aprobando finalmente el Plan Paulson, y abriendo la puerta a una situación inédita y propiamente contradictoria al sistema neoliberal.

Agosto del 2009. Ha pasado casi un año. Tras las fechas mencionadas se han seguido sucediendo múltiples episodios, que quedarán sin duda registrados para la historia en gráficos alarmantes. La

crisis, que aún vivimos, sigue frenando bruscamente una dinámica de estabilidad prolongada. Tras un último episodio de 15 años ininterrumpidos de crecimiento económico, que en su momento llevó a creer en el abandono definitivo del ciclo recesivo, los gráficos ilustran un auténtico desastre. Con caídas de los índices nunca registradas antes, y datos que quedarán para siempre en la memoria de los norte-americanos y de todos nosotros. Sólo por poner un ejemplo, a fecha del 2 de febrero de éste año 2009, Citigroup contabilizaba 75.000 despidos, Merrill Lynch 35.000, Circuit City 34.000, Caterpillar 22.110, Pfizer 19.000 y Alcoa 13.500. Todos del sector más dinámico de la mayor economía del mundo.

Comparada por todos los analistas con la Gran Depresión de 1929, ésta crisis es sin duda un momento de inflexión, que llega a poner en duda al menos dos mitos de la economía. El primero de ellos ha llegado a marcar las políticas macroeconómicas de los últimos 30 años: *más mercado y menos Estado*. Con éste binomio Reagan desreguló el crédito de EEUU, que vivió en 1981 la etapa de los *Reaganomics*, las bases del sistema que hoy vemos languidecer en todas las economías neoliberales. Paradójicamente, ha sido con dinero público en los mercados que se ha evitado una crisis mayor. El segundo mito: *la superación definitiva de los ciclos recesivos*. Tras la globalización se ha demostrado erróneo, mostrando las bolsas mayor sensibilidad a las noticias negativas, y mayor amplitud de sus efectos.

Las consecuencias de esta crisis plantean además interrogantes de alcance social, que darán a luz un mundo diferente al conocido

hasta ahora. Todos los expertos coinciden afirmando que no hay marcha atrás. Nunca volveremos al mundo que se dejó atrás. En todo lo referente a cambios sociales y políticos siento un profundo interés totalmente justificado, y por ese motivo, sin alarmismo y desde una sana inquietud que siempre he sentido necesaria, a pesar del riesgo a equivocarme no puedo dejar de preguntarme y preguntar hacia dónde nos dirigimos. ¿Para qué mundo nuevo deberemos prepararnos?

A pesar de los esfuerzos por ahora exitosos para sobrellevar la crisis, reorientando las bolsas hacia la senda alcista mediante la inyección de capital público, no podemos obviar que la ayuda estatal al sector financiero pone en evidencia un legado que *de facto* la historia parecía encargada de legitimar. En ese fundamento se asentaban posturas neoliberales, que defendían la liberalización de la economía, base del liberalismo democrático, y sin otra regulación que las mismas prácticas de un mercado supuestamente capaz de autoregularse y autosuficiente a la realidad política y social. En los días más próximos a la fallida del banco Lehmann Brothers sin duda fueron los mayores defensores del libre mercado quienes vieron entrar en conflicto sus posturas ante la violencia de la crisis. Republicanos y demócratas parecían defender desde el mismo lado del Congreso de EEUU el rechazo a utilizar fondos públicos para el rescate financiero. Los efectos de la crisis nos llevan inevitablemente a otro mundo. Puesto que reponer los activos tóxicos con dinero público de ninguna manera permitirá reanudar la historia donde la habíamos dejado. Es del todo improbable. De igual modo que nunca podremos regresar al instante anterior al umbral de una

puerta, que ya hemos cruzado, y jamás retomaremos desde el instante anterior.

Por lo tanto hoy podemos afirmar que los estados nos han comprado un sistema económico con fondos públicos. El sistema neoliberal ha saltado para siempre del correr de la historia. Y una decisión política permite hoy que en el parque se practiquen las reglas neoliberales. Pero está de más seguir pensando que están legitimadas por los hechos, que es el mejor sistema económico posible. La historia le ha retirado su manto de protección, y las circunstancias no parecen pronosticar un desenlace rápido. De hecho, no hay paso atrás. Y aún desconocemos de qué manera y hacia dónde nos dirigimos. Lo cierto es que se abre una brecha irreparable con el año anterior a la crisis.

De momento podemos advertir que la decisión de inyectar dinero público ha disparado ya la deuda de los estados. En España, a día de hoy, agosto de 2009, el déficit apunta al 9% del PIB. En EEUU es del 11% del PIB. Una decisión que quizá será resuelta con subida de impuestos, o variaciones del valor de la moneda en el caso del dólar. En estos momentos, la prensa ya informa de las primeras posiciones de la ministra y del presidente del Gobierno de España en la primera dirección. Por lo tanto todo un efecto de circunstancias se irán sucediendo en el tiempo. Nuevas leyes, nuevos efectos a las leyes. En definitiva, una nueva realidad afectada por una decisión política sobre el sector económico, al margen de las reglas propias de la economía hasta hoy vigentes, nos lleva a una situación inédita. El Plan Paulson, con la arbitrariedad de sustituir ac-

tivos bancarios tóxicos por fondos públicos, rompe con principios de reactivación económica mediante el consumo, la inversión, y el control sobre los bancos, que tienen su origen en el New Deal de Roosevelt, hace 80 años.

De nuevo en la actualidad internacional. Pienso que debemos ver el profundo cambio que se avecina en la pérdida de legitimidad del sistema capitalista, tal y como hasta ahora lo hemos entendido, y en una obligada y profunda reconversión del mismo. Si hasta la fecha el mercado financiero asombraba exhibiendo dinamismo e innovación suficiente para crecer, los acontecimientos del último año muestran como resultado, por primera vez, una dinámica arbitraria marcada por la decisión conjunta de intervenir las finanzas con dinero público. Fruto de un pacto de rescate acordado, entre estado y sector financiero, la presencia de dinero público en las finanzas traiciona principios neoliberales, e incluso pone en evidencia las cifras de recuperación que a fecha de hoy se barajan. ¿Podemos considerar que son un resultado real, o adulterado por una ficción alentada con fondos públicos? Lo cierto es que no sabemos de qué manera y en qué medida esos resultados son propios de una economía parecida a la que los gráficos analizaban el año pasado. ¿Dónde está cifrada, y en qué medida afecta al resultado real la inyección de capital público? Y cuando ese plan de ayudas se retire, ¿ante qué tipo de análisis económico nos encontraremos?

Las intenciones que manejaba el equipo del nuevo presidente Obama, días después de su elección, orientadas a crear nuevas medidas de regulación y supervisión sobre el sistema financiero, aparecen

hoy disueltas por las noticias de la recuperación, y por las nuevas primas e incentivos de nuevo cobrados por banqueros y cargos de responsabilidad. Esas noticias son alarmantes. Primeramente suponen aceptar que no habrá responsabilidades. Más sorprendente aún, abren el camino a un sistema económico elaborado al margen del mercado.

Pasado el espejismo de las ayudas, todos los analistas coinciden en augurar un crudo rebrote de la crisis para el próximo año 2010. Si finalmente se demuestran ciertas las hipótesis, está claro que habremos perdido un tiempo importantísimo para aplicar el paquete de medidas que deberían regular la recuperación. Todo esto con un claro y alarmante agravante: si hasta antes de la crisis la deuda ahogaba al crédito privado, ahora los estados también manejan cifras de deuda insostenibles. Por lo tanto, nuestro sistema se muestra hoy por hoy obsoleto, y los balances no garantizan datos fiables.

Es decir, si bien debemos todos felicitarnos por la capacidad de *quorum* mostrada en cuanto a las acciones llevadas a cabo, no podemos olvidar que con ello parece finalizar un ciclo ideológico aplicado a la economía, que con resultados daba garantías y se legitimaba, permitiendo al capital tutelar las acciones de estados periféricos al núcleo duro de la economía. En ese sentido me atrevo a afirmar, citando a Francis Fukuyama, que quizá la historia no se detuvo totalmente con la caída del muro de Berlín, aunque quizá sí, la historia se ha detenido en el año 2008. Puesto que la historia se ha retirado definitivamente, ha barrido toda justificación ideológica y política de la escena económica. Y ahora sí, no queda ya ninguna

justificación ni legitimidad posible, ni ideológica ni material, que arrope ninguna de las decisiones que afectan a la economía.

Junto a Cheney, Wolfowitz, Rumsfeld o Lewis Scooter Libby, todos posteriormente miembros del antiguo equipo de Bush, Francis Fukuyama fue miembro fundacional e impulsor del PNAC (Project for the New American Century), una de las piezas clave del equipo neocon que ha dirigido la política de EEUU en los últimos ocho años. En 1992 Fukuyama saltó a la opinión pública con su libro *El Final de la Historia y el Último Hombre*, donde defiende, acabada la Guerra Fría, el final de la lucha entre ideologías. Un final que justifica imponer el sistema neoliberal, o liberalismo democrático, como pensamiento único, para toda la escena internacional. ¿Podemos hablar de fracaso o de éxito del proyecto?

¿Tras esta crisis, a partir de ahora, quién puede seguir aleccionando políticamente a quién? ¿Con qué credibilidad política el FMI seguirá dictando reglas neoliberales, y bajo qué parámetros, resultados, objetivos? Una vez alcanzada de nuevo cierta estabilidad económica, ¿estarán en su derecho, ideólogos de la economía, para actuar de nuevo al margen de lo político y social? Sí, evidentemente. Y si antes no se aplican claras medidas de regulación y control, la economía podrá actuar, de hecho ya lo está haciendo, desnuda de ideología y siguiendo sus impulsos e intereses sin pudor.

Sin una dura regulación la economía, hoy, ya desprovista de ideología, de historia, de legitimidad, puede sentirse libre de justificar sus decisiones. Ese estandarte de libre comercio, que siempre ha

conservado su justificación histórica, en ocasiones pudo imponer decisiones dolorosas a terceros con los datos en la mano. Como es el ejemplo de perder el control de los recursos a cambio de la entrada en el club del libre comercio. Sin regulación, los criterios económicos podrán ahora seguir arbitrando, y esta vez sin necesidad de buscar legitimarse ideológicamente. Si no se aplican medidas de regulación que lo impidan, la economía sin ideología asoma en la escena internacional. Y corren peligro derechos adquiridos en el último siglo.

No es necesario el alarmismo. Sólo cabe persistir en un análisis que conviva con la trágica búsqueda interminable de verdad. Toda circunstancia queda siempre cercana a una vitalidad social que lucha ante la imperfección. La sociedad siempre se ha mostrado capaz de reequilibrar, de confeccionar nuevos paradigmas, nuevas redes de comunicación, cada vez más complejas y más equilibradas, en la medida que la población es cada vez mayor.

El consumo, a ultranza, de igual modo que el comunismo o el capitalismo de estado, a largo plazo y como principios totalitarios, carecen hoy de base sólida, si con ellos nos referimos a sistemas que pretenden adoctrinar realidades sociales válidas, redes sociales que la realidad histórica demuestre útiles y tangibles. Esa es la conclusión final a la crisis. La bipolaridad del siglo XX se desvanece definitivamente tras la crisis. Y creo que ante esa cruda realidad entraron en conflicto los congresistas que vieron, en septiembre de 2008, cómo aplicando las reglas neoliberales hasta sus últimas consecuencias se reconocían espectadores del final de su propio

sistema ideológico. Precisamente siendo coherentes a principios neoliberales presenciaron su pérdida de legitimidad histórica. La realidad en ése instante se reveló, recuperó su estado puro, su desnudez, y la economía eliminó de su lado *de facto* toda ideología. Entonces, definitivamente, la historia se detuvo, dejó de operar en el campo de las ideas políticas y económicas. Llegando incluso a poner en duda socialmente el materialismo, cuando su poder de destrucción amenazó la presencia en el mercado del mismo neoliberalismo.

La decisión de utilizar dinero público ha salvado el sistema. Hoy vivimos, hasta que encontremos una nueva verdad, huérfanos de ideología. El neoliberalismo sigue hoy estructurando el mercado, la bolsa, el sistema financiero. Pero en el plano político e histórico, los hechos significan *de facto* la decadencia de las ideologías hasta hoy conocidas. Y el inicio de un nuevo sistema. Desconozco en qué medida la naturaleza humana puede reaparecer de nuevo sin ideología por mucho tiempo, o si quizá la ideología es parte inherente a todo sistema social complejo. Pero sí me parece imprescindible advertir que quizá sea posible vernos de nuevo ante *nada*, sin ideologías, sin utopías, aunque políticamente enfrentados a la libre depredación. Como en otros momentos del pasado, podemos vernos ante un mundo desnudo que simplemente siga los impulsos económicos de los más fuertes. Y deberemos aplicarnos rápido para resolver esa orfandad.

Permítanme mencionar tres inquietudes en éste sentido. Sobre el peligro de un totalitarismo hegemónico, vienen a mi cabeza textos

y poesías que empecé a escribir en el año 2001. Sobre la inminente presencia de la *nada* en el plano ideológico, sobre el uso arbitrario de la máquina como único interlocutor con la realidad, y sobre la aplicación del neoliberalismo como pensamiento único. Todos los textos, suficientemente explícitos, aunque nunca fueron finalizados, se publicaron en parte en el libro *Entre yo y la montaña*, octubre de 2002.

Después de la II Guerra Mundial, EEUU logró imponer su sistema frente al bloque contrario, la URSS. Intereses de uno y otro bando compartieron las ventajas de rivalizar y radicalizar posturas. La llamada Guerra Fría, entre los dos bloques, sirvió sobre todo para enfriar y desechar planteamientos más sofisticados, que integraran posibles aspectos en sí positivos de ambos sistemas. La herencia de un siglo XX determinado por totalitarismos que buscaban el poder siguió marcando una agenda internacional lastrada por la decadencia del comunismo. La oposición maximalista entre ambos bandos recrudeció y radicalizó posturas. Si nos referimos estrictamente a la construcción de sistemas sociales exitosos a largo plazo, pienso que se perdió durante muchos años importantes oportunidades. En éste sentido menciono el Estado del Bienestar como, indudablemente, el gran logro del siglo XX.

La avanzada industria, que con el New Deal de Roosevelt durante la Gran Depresión logró levantar la economía de EEUU, y que más tarde sirvió para proporcionar armamento al ejército en la II Guerra Mundial, se orientó de nuevo, con la ayuda del Plan Marshall, para exportar y ocupar cuota de mercado en Europa. Proporcionando

recursos básicos, y todos los productos de su elevado excedente productivo, la economía de EEUU experimentó una evolución que ha marcado su papel de primera potencia hasta nuestros días.

De ese modo, hasta hoy, la llamada sociedad de consumo ha sido y sigue siendo el motor de crecimiento de la economía. Con métodos de inducción a la compra fuertemente apoyados por la publicidad, y políticas antes mencionadas de rebaja de intereses para el crédito, la sociedad de consumo logra sustituir y transformar las pautas sociales, con los principios de compra e insatisfacción. Mediante el ciclo crediticio, el negocio hipotecario, y el crédito al consumo, miles de familias han conseguido consolar esa insatisfacción comprando y dinamizando de ese modo la economía.

Llegados de nuevo al año 2009, ¿qué ha ocurrido para que esa dinámica de consumo llegue a frenarse repentinamente, arrastrando a todo el sistema internacional a una crisis? ¿De verdad es posible que sean el origen de esta crisis las prácticas irregulares de 100, 200, 2000 personas, que siempre han estado y estarán implícitas al sistema?

Aunque deberíamos poder garantizar la aplicación de la ley en esos casos, pienso que la fuente de los acontecimientos es más profunda. Sin duda han existido irregularidades. Pero el aumento de la presión sobre los beneficios debido a la mayor competitividad internacional, junto a la falta de apetencia compradora en grandes mercados exportadores como China, creo que ha sido el verdadero talón de Aquiles del sistema económico mundial, y aquello que

ha llevado a definir políticas agresivas de alto riesgo de expansión financiera.

China vende sus productos, y debido a la débil demanda interna logra atesorar, a fecha de hoy, dos billones de dólares en deuda pública norte-americana. Sin mostrar en ningún momento la más leve intención de consumir productos de EEUU o de Europa, que inyecten nuevamente liquidez al sistema, siguen creciendo sus ratios de exportación y expande su economía.

Pienso que es demasiado simple atribuir a acciones de irresponsabilidad individual el enorme agujero que acabó por agotar la liquidez del sistema. Tanto dinero no pudo desaparecer, sin dejar rastro, debido a prácticas irregulares de los gestores de inversión.

Los préstamos interbancarios se bloquearon debido al temor que llegaron a causar las *subprime*. Pero en circunstancias normales de crecimiento, gasto y reembolso de liquidez, y que las cifras apuntaban asumibles, el ciclo de préstamo entre bancos centrales, bancos privados y aseguradoras, debió poder absorber ese riesgo sin detener el crédito. La pregunta es ¿porque se llegó a tal extremo? Es decir: ¿en qué situación anómala, una práctica de créditos de alto riesgo extendida por todo el sistema, puede llevarnos al bloqueo de préstamos interbancarios? ¿De verdad un producto financiero mal gestionado puede provocar tal pérdida?

Mediante una fuerte presencia de la publicidad en la vida de los consumidores se regula el principio de insatisfacción que rige el

consumo. Y las facilidades en el crédito dirigen e incentivan a la mayor parte de familias hacia esas prácticas. Desde ese punto de vista podemos comprender la enorme importancia que tiene el bloqueo del gobierno Chino a los medios de comunicación occidentales. Cuando el gobierno chino hace alusión a la toxicidad de los medios de comunicación, y cuando EEUU pide mayor abertura y transparencia, ambos posicionan dos claras posturas que en nada se refieren a temas de libertad, derechos civiles o de injerencia a la política interna. Menciono como claro ejemplo la protesta formal enviada por el equipo de Obama al gobierno chino, del 24 de mayo de 2009, por la implantación china de un *software* que bloquea las páginas *web* con contenido pornográfico.

Los ciudadanos chinos no tienen apetencia compradora, no son consumistas. La ausencia de publicidad ha impedido que la sociedad de consumo se implante en el país, fuerce la importación de productos occidentales, o provoque protestas internas como ha ocurrido en otros casos. De hecho el sentido de individualidad tampoco está aún demasiado arraigado en zonas agrícolas del país. Debemos tener en cuenta que antes de la implantación del comunismo en China, el sistema tradicional del último emperador Xuantong era fundamentalmente el de una corte feudal.

Por otro lado hay por lo menos dos prácticas que juegan a su favor. A pesar de su débil cuota de importación, el crecimiento anual de la economía China sigue marcando internacionalmente los precios de las materias primas. Mientras practica una economía sin ideología, favoreciendo indistintamente con la compra de recursos las

economías de Brasil, Venezuela, Perú o Irán, con además fuertes inversiones en la mayoría de países africanos, posicionándose de ese modo como potencia económica internacional. En éste sentido, de nuevo China parece estar ganando la partida.

Si bien la complejidad y el exotismo de los nuevos productos de la bolsa, que se han confeccionado durante los años anteriores a la crisis, complicaron la detección de irregularidades, estos cobran sentido. Es decir, se puede explicar la existencia en el parque de éste tipo de productos de dudosa rentabilidad, si los valoramos como consecuencia, y no como causa del problema. Consecuencia de una política financiera llevada a cabo en los últimos años, que debemos enmarcar junto a las políticas expansivas del anterior gobierno norte-americano, y que probablemente buscaban un fuerte crecimiento capaz de garantizar el papel de EEUU en la escena internacional. Por lo tanto, a pesar del alto riesgo, los nuevos productos bolsarios se crearon previendo que el mercado lograría diversificar balances negativos, durante el tiempo necesario, sin con ello detener el ciclo expansionista, y hasta lograr imponer la economía de consumo en todo el mundo. Un modo de expandir la economía norte-americana, al precio de diversificar las pérdidas dentro del mismo sistema.

Llegados a éste punto del análisis, la pregunta que aún me formulo es: ¿hacia dónde nos dirige esta situación hoy? Y de ser necesario, ¿cómo podremos sustituir la economía de consumo, con qué motor de crecimiento y de expansión económica?

La actual administración norte-americana ya pone los primeros puntos sobre la mesa. Se habla ya de la economía sostenible. De energías renovables y de productos ecológicos. Pienso que la detección de dinámicas que no son rentables, que económicamente se muestran improductivas e ineficaces respecto al gasto en energía y recursos humanos a largo plazo, pueden permitir reorganizar la economía hacia una nueva dinámica de estabilidad. No por consumo y expansión, sino mediante eficiencia en su implantación en los mercados. La dificultad será, cómo sustituimos, durante el tiempo que es necesario para reorientar la economía y del modo menos traumático posible, una economía por la otra. Necesitamos otra fuente de ingresos, de dinamismo, que apunte y dé estabilidad a un cambio profundo, y que sin duda requerirá largo tiempo.

Finalmente la economía no es una ciencia, ni tampoco existe sólo en esa especie de limbo, apartado de lo político y lo social, a lo alto de los rascacielos. La economía forma parte de todos, es de todos. Y de hecho se rige por fuertes impulsos sociales, culturales, psicológicos, muy palpables en nuestro entorno diario, que dictan y determinan conductas políticas que a su vez encauzan cierta estabilidad en el transcurso del tiempo. Tanto es así, como puede ser que el mundo de las finanzas pretenda dirigir nuestras conductas, si dejamos nosotros de hacerlo devaluando el uso de la democracia.

Quizá por el momento la economía ha logrado desprenderse definitivamente de ideología, pero pienso que toda esta complejidad, ese cruce de lo cultural, social, político, psíquico, ambiental, se organiza entorno a tres principios básicos sobre los que debemos

tener control democrático: el crecimiento de la población, la complejidad de la red de comunicación que se organiza en torno a comunidades cada vez más pobladas, y la vida y supervivencia como fin último. Cultura, religión, tensiones emocionales del colectivo, pasiones y deseos, pienso que se organizan según se equilibran esos tres principios básicos, e inevitablemente además, sobre esa misma base opera el parqué bursátil.

De estos tres, el primer factor, el crecimiento de la población, es un factor exógeno, no aplicable a decisiones políticas directas, y que debemos administrar del mejor modo. China, haciendo uso de su especificidad política, ha podido aún corregir su crecimiento demográfico cuando ha querido, mediante leyes que aplican el fomento de un número concreto de hijos por familia. En nuestras democracias es impensable implantar ese tipo de leyes. En nuestros países podríamos considerar métodos sociales indirectos de corrección de la demografía, la emancipación femenina, el fomento de la sexualidad sin fines reproductivos, la legalización de la homosexualidad, o la misma presión económica sobre el gasto de cada familia por niño. Son especificidades sociales, que libremente han ido configurando nuestras sociedades, y claramente al margen de decisiones políticas previas.

Por otro lado, la supervivencia como fin último. Es un factor propio de la visión metafísica que dictan cultura, religión, o cierta emancipación individual sobre el tema. Vemos en la eutanasia su máxima expresión al respecto. Para éste segundo factor se ve claramente determinado lo político, en la medida que cabe regir el

bienestar de todos los ciudadanos, y el cuidado de todos sus enfermos. Y por lo tanto en ese sentido la seguridad social de cobertura universal, es un logro que debe cubrir los ingresos estatales, y que evidentemente afecta a las decisiones políticas.

Finalmente, y he cambiado el orden de los tres factores mencionados, nos quedamos en la red. La estructura de comunicación en red. Que entiendo como comunicación para la distribución. De información, productos o personas, pero siempre encaminada a la mejor y más sofisticada organización de la comunidad, según el tamaño de su población y en principio, como fin último, siempre para una mejor y más universal supervivencia y bienestar de todos sus ciudadanos. Por lo tanto nos concierne, es propio a la democracia, forma parte de la red de comunicación. Y organizar el mercado financiero, para que proporcione la supervivencia universal del mejor modo posible, forma parte de lo político y debe regularse con ese propósito.

Pienso que la actual crisis económica tiene como causa última el desequilibrio de estos tres factores. La red de comunicación se mostró ineficaz. Para generar el dinamismo suficiente que necesita una economía de mercado basada en una fuerte demanda de crédito al consumo, para la satisfacción y bienestar del número más elevado posible de ciudadanos, la red se mostró ineficaz y obsoleta. Aunque, quiero apuntar, he visto la necesidad del crédito al consumo, durante largo tiempo, de por sí como un síntoma de agotamiento cuando la deuda supera los niveles de riesgo que el mercado regula recomendables. Pero aquello que realmente mos-

tró claros síntomas de debilitamiento ha estado el rendimiento que obtenemos con nuestra red de comunicación, transacción, venta, etc. Ante la cada vez más elevada presión demográfica, demanda, y solicitud de crédito, el beneficio se mostró insuficiente.

Creo que las actividades fraudulentas, que forman parte intrínseca del sistema, no pueden llegar a ser la causa de la crisis. Esa es la parte oscura, errática, de todo sistema. Es un análisis simplista que lleva a engaño valorar el éxito de la economía internacional según las acciones irregulares, y que quizá pretende enmascarar el origen del problema. Pienso que la causa de la crisis está en el desequilibrio entre esos tres factores: los beneficios que se han obtenido con la actual red de comunicación y transacción, la presión demográfica, y el gasto que implica el mantenimiento de la calidad de vida, es decir, la supervivencia y bienestar universal de nuestra sociedad según la entendemos. La presión demográfica aumentó, y los beneficios no cubrieron el gasto que supone mantener la sociedad de consumo a su mismo nivel.

A qué me refiero con presión demográfica. No creo que, repentinamente, nacieran 100 o 200 millones de personas más, que el sistema no lograra integrar en nuestros países. La cuestión es que, cuando hablamos de sistema financiero internacional el término está ajustado a la realidad. Pero inconscientemente creemos hablar de EEUU, Europa, Japón, Australia, Canadá y poco más. Lo cierto es que, a éste sistema financiero internacional se le añadieron por lo menos 1.300 millones de chinos y 1.000 millones de indios, aparte de Brasil, Rusia, etc. Todos necesitados de carreteras, casas,

puentes, ciudades, comercios. Y con dinero suficiente para comprar cemento, hierro, cobre, petróleo, etc. Es decir, potencial clase media dispuesta a competir de igual a igual con nuestras economías. Dispuestos a proponer sus precios en los mercados internacionales, y a obligar a los países anteriormente citados, nosotros, a multiplicar sus beneficios, para mantener a su vez sus economías competitivas, con crédito suficiente para crecer y costear el bienestar que sus ciudadanos acostumbran a tener.

La conclusión es simple y alarmante. El gran perdedor, tras la crisis actual, es nuestra clase media, que se verá abocada a un fuerte cambio de hábitos debido a la fuerte competitividad internacional. Podemos calcular, ¿cuántas hipotecas basura de cualquier parte del mundo eran necesarias, por cada occidental con salario mínimo de 3.000\$ al mes? Sin duda la presión sobre los márgenes de beneficio se vio incrementada, y por cada uno de esos 3.000\$ al mes, cada vez se ha hecho más inevitable aumentar la cifra de hipotecas, créditos, y presión sobre el consumo privado y la economía real. Y esa es la razón última que motiva la implantación en el sistema financiero de los productos llamados exóticos. Las *subprime* han sido necesarias para mantener el liderazgo de nuestras economías. Y empiezo a pensar que, la actual crisis es la prueba palpable de un gran cambio social irremediable en nuestras vidas.

No quiero abandonar el último y más esencial de los factores mencionados: el fin último es la supervivencia universal. Hasta hoy podíamos entender que cada comunidad eligiera preferentemente la supervivencia de sí misma, fuente a su vez de un instinto gregario,

que fomenta la competitividad, mejora la productividad, la creación de riqueza y la expansión económica. Bajo esos principios se organizó el libre mercado y las políticas estatales de colonización, expansión y control de recursos. Pienso que la globalización en ese sentido ha desbaratado ya esa dinámica para siempre. Y la postglobalización no creo logre variar el resultado. Todas las economías se han visto afectadas, de un modo u otro, debido a la fuerte interrelación de un mercado que de hecho lleva tiempo sin distinguir países. Pero además, llegados a la crisis, se han demostrado impracticables medidas proteccionistas, como ocurrió tras la Gran Depresión, y que podían dar marcha atrás a la internacionalización de la economía. De ser posibles, permitirían posiciones ventajosas de unos por delante de otros, y evidentemente se habrían llevado a cabo. Pero no son posibles. Prácticas proteccionistas dirigidas a custodiar la economía local provocarían una crisis más profunda, una depresión, sin duda alguna, que afectaría a las élites financieras.

Y para la supervivencia universal es imprescindible encontrar un sistema capaz de beneficiar, de premiar el trabajo, y dar méritos para mejorar la calidad de vida. La clase media, que considero otro de los grandes hallazgos del siglo XX, es la base social que históricamente se ha mostrado capaz de reivindicar las reformas más traumáticas, politizadas y resistentes. Reivindicaciones clave que han permitido a su vez abanzar en derechos para los más necesitados. Finalmente la clase desfavorecida, la pobreza, vive al margen de la historia, marginalmente, y de todos los acontecimientos sociales. Es la franja que merece más atención. Y en la medida que

disponen de recursos toda la sociedad se muestra más dinámica.

En la medida que hay enfrentamiento de intereses entre élites se consideran las guerras: Guerra Civil Española, II Guerra Mundial. Cuando el enfrentamiento es entre clases, o entre élites y clase media, obreros, campesinado, se definen las revoluciones: Revolución Francesa, Revolución Rusa. Por lo tanto, después de los efectos de la globalización, debido a que las finanzas internacionales están fuertemente interrelacionadas, la clase media occidental está obligada a competir con la próximamente clase media china. Por ahora, esto supone para nuestras economías un sobre coste respecto a la economía China. China hoy por hoy crece sin necesidad de costearse una sociedad de consumo como la occidental. Y sólo si China empieza a importar productos exteriores la liquidez puede volver al crédito, y nuestras economías pueden seguir costeándose una sociedad de consumo. De no ser así, y dudo mucho que la actitud de China cambie, se hace cada vez más imposible crecer desmedidamente, mediante una economía expansiva.

Sin la participación de todo el sistema internacional, sin un crecimiento a la vez equilibrado y global, la economía como hasta hoy la hemos conocido nos ha llevado a la pérdida de ideología económica, a la eliminación de los postulados neoliberales, y a la casi destrucción completa del sistema. Podemos comprobar la actitud silenciosa de la izquierda, totalmente desplazada por una derecha a su vez desdibujada y que dirige políticas de intervención estatal. Ambos síntomas de la dificultad que ha supuesto vulnerar los principios neoliberales. Léanse en esta línea las declaraciones de

George Bush en el Federal Hall, en pleno corazón de Wall Street, del 14 de noviembre de 2008, un mes después de aprobarse el Plan Paulson, en defensa del sistema capitalista y de libre mercado.

Pienso que la solución pasará por cambiar nuestros hábitos, y fomentar desde nuestra cotidianidad una economía sostenible, a su vez capaz de creación de valor suficiente para complementar al consumo como fuente de crecimiento. Creo que se demuestra con esta crisis, que el crecimiento deberá ser sostenido, es decir, obligadamente ajustado a unos índices, limitados a su vez por la competitividad con los mercados emergentes. Esa limitación del crecimiento del consumo deberá verse complementada por una clase media capaz de aportar creación de valor.

La competencia entre estados, que a su vez representan intereses y maneras de vivir, no creo logre diluirse bajo el peso de una economía sin ideología. Pero quiero destacar la conferencia de alto nivel celebrada en Washington hace un mes, el 27 de julio. Las declaraciones de Barack Obama afirmando que *“las relaciones entre Estados Unidos y China determinarán el siglo XXI”*, sólo pueden entenderse en un contexto económico sin ideología política, con una abierta aceptación del crecimiento sostenido por los márgenes de competitividad internacional. Un mensaje claro, de búsqueda de entendimiento, entre dos ribales económicos que defienden sus propios intereses.

Las reivindicaciones sobre el Tíbet o los derechos humanos, quedan en un nítido segundo plano. Creo que en los resultados de la próxi-

ma visita oficial de Obama a China, anunciada para éste próximo mes de noviembre, veremos muestras de una clara determinación de ambos países para marcar la agenda del siglo XXI al margen del resto de economías, y al margen del debate ideológico.

Podemos imaginar intereses particulares, que buscan satisfacerse a toda costa y a pesar de su fuerte poder destructivo. Evidentemente, debemos contemplar la capacidad destructiva, intrínseca del ser humano y del individuo. Pero ese ingrediente siempre ha estado allí, y no creo que sea hoy un factor exclusivo de nuestro sistema. Simplemente debemos seguir luchando para detener sus efectos sobre la sociedad.

Cualquier propuesta o visión de la realidad debe sin duda integrar esa carga destructiva. La eterna lucha entre eros y tánatos sigue librándose en el interior de todo individuo, y por lo tanto, de toda sociedad. Y esa lucha es, a su vez, fuente de vitalidad, contradicción, de búsqueda, y expresión de vida. La realidad no es justa por sí misma, sin antes intentar nosotros que se aproxime a la justicia. Pero precisamente, en la medida que se han ampliado y unificado criterios internacionales, a la vez que se iban interrelacionando más las diferentes economías, cabe imaginar que ese fin último por la supervivencia también amplía sus fronteras, aproximándonos a una aceptación de lo ajeno, el *otro*. Creo que es éste paso, la integración del *otro*, aquello que nos obliga a una economía sostenible, con márgenes de expansión dictados por la competitividad económica, y con actividades acordadas por un comportamiento ético. En éste sentido, deslegitimados en el plano ideológico, entiendo la

necesidad de un ética para la economía. Capaz de articular actuaciones que incluyan lo propio y lo ajeno, disparidad de formas, de realidades.

Regular el rendimiento de la oposición entre muerte y vida, destrucción y construcción, creación de riqueza y preeminencia de beneficios sobre pérdidas, es aquello que la economía intenta pronosticar. Aunque carezcamos hoy de ideología, sin lograr emanciparse demasiado de la realidad social y política de cada momento deberá crearse un decálogo ético. Pues los tres principios a los que me he referido hasta ahora, sin duda siguen siendo de responsabilidad política. Por lo tanto, quizá hemos entrado en el *Final de la Historia* en la medida que la economía se ha desprendido de lo ideológico. Pero creo que la ética y la estética, que a su vez son artífices de toda ideología, aún están allí, dispuestos a condicionar, regular y dictar.

Ambos países, China y EEUU, pueden llegar a pactar abrir China a la industria de EEUU a cambio del respeto a las leyes chinas, a su cultura y a su manera de vivir. Nada que ver con los principios de libre mercado, que veían justificado inundar un país de productos de todo tipo, mediante la inducción a la insatisfacción. Con ese pacto, la alta productividad china y la industria de EEUU puede marcar al resto de economías, hacia la disyuntiva de flexibilizar el mercado laboral y reducir el tamaño del Estado del Bienestar, o bien proporcionarse una economía sostenible, con una clase media capaz de crear valor.

Las declaraciones de Sarkozy, del mes octubre de 2008, pidiendo la refundación de un *capitalismo ético*, pusieron en duda la práctico del capitalismo hasta hoy utilizado, pero abrían un discurso de interés en esa línea. En los sectores económicos se sigue hablando hoy de ética en la economía. Un factor interesantísimo que creo define de qué modo se estructurará la economía del futuro. Y no por una visión súbitamente pueril, de aquello bien o mal hecho. La reivindicación de una ética económica subraya la necesidad de crear un nuevo marco que regule las actividades económicas, al margen de debates ideológicos, dejando la política como una actividad interna de cada estado. Un acuerdo entre todos los actores implicados, directa o indirectamente, en la globalización económica.

En definitiva, la necesidad de un red de comunicación y transacción más compleja, más amplia, capaz de crear marcos de regulación internacionales y de mayor calado, requiere de una ética económica, que sustituya el debate ideológico que la economía neoliberal utilizaba en su propio beneficio. Hacia una economía sostenible. Lejos de la economía de consumo, basada sólo en la creación de riqueza vehiculada por la competitividad y la presión sobre el consumo privado. Y sustituida por una economía basada en la eficacia, capaz de gestionar gastos de productividad y beneficios a largo plazo.

La ética que se establezca deberá contemplar la diferencia que supone pasar de una economía expansiva, a cualquier precio, fruto de la II Guerra Mundial y de la Guerra Fría, a una economía sostenible, de un sistema ya hegemónico e implantado en todo el mundo.

De una economía de crecimiento continuado, a una economía de implantación y rentabilidad de gastos, con una clase media creadora de valor añadido.

Quiero mencionar a Jean Baudrillard, en su ensayo *La agonía del poder*, 2006. Cuando proclama la sustitución del poder por la hegemonía, en la medida que cualquier discurso subversivo desde el sistema es, a la vez e inevitablemente, partícipe del sistema. Pienso, un análisis visionario que precisó con exactitud las circunstancias que en el plano filosófico ya estaban gestando la actual crisis, hace tres años. Dirigiéndonos a una ausencia de debate ideológico internacional, sustituido por la ética de un sistema hegemónico.

Toda ideología ha quedado consumida tras la crisis. Queda vehicular una economía sostenible, a su vez regulada en el marco político mediante compromisos éticos. Para abandonar progresivamente una sociedad de consumo que ya no podemos costearnos en la medida que, como hemos dicho, la alta productividad china seguirá siendo un aspecto altamente competitivo en el mercado internacional.

Por lo tanto, de algún modo esa ética económica estará destinada a su vez a ser fuente de ingresos, que repercutirán en beneficios para nuestras élites financieras, mediante una mayor eficacia en los gastos. Por ese motivo el gran perdedor, durante el tiempo necesario para alcanzar de nuevo la estabilidad, será sin duda la clase media. La aparición de nuevos actores en la escena internacional implica la diversificación y distribución de beneficios entre sus élites, a

costa de la pérdida de poder adquisitivo de nuestra clase media. La nueva complejidad de la red de comunicación vendrá de la mano de la eficacia, del mayor control del gasto, y de la valoración de sus efectos a largo plazo. Y sólo una buena gestión del traspaso, de una economía de consumo a una economía sostenible, puede evitar la aparición de conflictos sociales internos.

En ese sentido creo imprescindible, mediante proyectos educativos y medidas de fomento del gasto sostenido, el apoyo al ahorro y a la diversificación de la inversión en sectores con futuro, realmente dinámicos y punteros. Junto a la promoción de una sociedad horizontal, capaz de rentabilizar sus ingresos y crear valor añadido. Creo por ello imprescindible el fomento de la creatividad, en la mediana y gran empresa, y en la pequeña iniciativa privada. A su vez, sin duda, las nuevas tecnologías arbitrarán en gran medida la implantación de una sociedad con valor añadido.

A raíz del protocolo de Kioto, en éste sentido Europa estableció para el 2005 el comercio de emisiones de contaminantes. Fue una decisión que por primera vez cuantificó el rendimiento económico a largo plazo, demostrando además, que con una medida ecológica se podían obtener réditos económicos. Además, políticamente, la implicación de corrientes ecológicas en la gestión de los gobiernos y la progresiva implantación de actitudes de sostenibilidad económica en la conciencia del ciudadano medio, son factores imprescindibles para un traspaso sin trauma a la nueva realidad. Creo que en este tipo de decisiones se orientará la nueva economía.

En definitiva, llegados a un sistema financiero internacional que ya es hegemónico en el mundo, no queda justificada ya una economía que sólo contempla, mediante el consumo desenfrenado y para beneficio de sus élites, el rendimiento a corto plazo con resultados a largo plazo insostenibles. Concluamos que después de la crisis, nunca más alcanzaremos un crecimiento del consumo capaz de lograr, de nuevo, dar tantas ganancias como antes de la globalización. La presencia dentro de nuestra misma red financiera de millones de personas más, impedirá que prospere de nuevo tan alta rentabilidad.

Con la crisis se ha demostrado que, hoy por hoy, tenemos límites de crecimiento. Hasta lograr nuevas aplicaciones tecnológicas en nuestra red de comunicación, para multiplicar de nuevo beneficios, nuestros países deberán frenar su crecimiento a costa del poder adquisitivo de la clase media. Un crecimiento mínimo del 3%, imprescindible para mantener nuestro tren de vida, tiene a partir de ahora un precio mucho más alto. Y tras esa comprobación, hasta que no se conozcan nuevos cambios tecnológicos o nuevas fuentes de ingresos fruto de una nueva sociedad, sólo queda implantar la sostenibilidad como medida de estabilidad.

El grado de satisfacción ciudadana no está en peligro. Tan sólo cabe orientar la consciencia del consumidor hacia otro sistema de vida, hacia pautas de sostenibilidad que, a decir verdad, ya podrían estar en marcha. En ese sentido, es una obviedad, en el plano social y psicológico es evidente, que requiere mucho más esfuerzo hacer mal las cosas que hacerlas bien. Aunque, también es cierto

que, todo avance que implique cambios requiere de errores previos. Puntualizo que me refiero a mal o bien en cuanto a armonización de recursos según esfuerzos, según cada efecto de ese esfuerzo, y en relación a la circunstancia que rodee cada esfuerzo. No es un juicio moral, es estética aplicada a la economía. Que evidentemente, a su vez, va ligada a la ética que se ha mencionado, y a la permanente movilidad de las circunstancias. Todo está cambiando. Y deberemos adaptarlo.

La economía de consumo se ha mostrado predadora de espacios, sin importarle los efectos que sobre ellos podía ejercer. De ese modo, todo posible consumidor era el combustible para la expansión de la economía, esté donde esté. Tenga o no recursos, el crédito permitía hipotecar el tiempo futuro, y de ese modo garantizar ingresos que a su vez se convertían en producto financiero de futuros, capaz de crear liquidez inmediata en el final de ese ciclo. Sin uso de la sostenibilidad, como medio para la aplicación de métodos de eficacia en el gasto.

La economía está totalmente condicionada por una realidad que se prolonga en el tiempo, por causas sociales y estructurales. Históricamente sólo hay tres factores que logran aportar réditos a una economía: la mayor productividad, los avances tecnológicos y la creación de valor añadido. La mayor productividad depende del esfuerzo necesario según la rentabilidad. Tenemos ejemplos en la economía agraria de principios del S.XVIII, con la rotación de los terrenos de cultivo. El efecto de los avances tecnológicos sobre los beneficios es evidente. El gran cambio, en este sentido, lo encon-

tramos después de la Revolución Industrial, cuando por primera vez el abastecimiento de comida dejó de depender del mal tiempo o de los ciclos naturales. La creación del valor añadido. Ése es el principio que sustenta la transacción bursátil. Un producto vale, según la opinión general como opinión real sobre su valor, fruto del convencimiento sobre el deseo de bienes ajenos, o sobre algo único.

La complejidad de la red debe encontrar el mejor modo de satisfacer la comunicación entre dos puntos, que se relacionan por cualquiera de estos tres factores. Para mejorar la productividad, para la creación de nuevos recursos técnicos, o para facilitar la transacción de valores deseados. En la medida que eso ocurre la red es eficaz y válida.

Pienso que la élite financiera internacional mantendrá su papel de gestora, impulsora y vehiculadora de créditos y riesgos. Junto a las empresas que cubren los sectores estratégicos, las finanzas no creo que vivan grandes cambios. La clase media deberá ser protagonista de un fuerte y brusco cambio de hábitos. Obligada a competir con millones de nuevos ciudadanos potencialmente capaces de pagar mejores precios por las materias primas, nuestra clase media está obligada a protagonizar un enorme salto cualitativo. Sólo aquellas actividades que creen valor añadido, serán útiles para sustituir el consumo como fuente de crecimiento, y para aportar competitividad a la productividad de china y de otros países.

Cuando el sistema financiero creó las *subprime* para llegar al con-

sumidor de alto riesgo, y de ese modo responder a la presión económica sobre los márgenes de beneficio, elaboró un método que se ha demostrado ineficaz, sin valor. La red falló, por pretender unir dos puntos, demasiado lejanos, y que requerían de un artificio, de una ficción demasiado sofisticada para ser real y tener valor, y a su vez mantener niveles mínimos de rentabilidad. Es decir: es errático pensar que mediante un contrato, una persona sin recursos puede vivir por mucho tiempo, demasiado lejos de sus posibilidades económicas reales. Un poco lejos sí, de acuerdo. Pero no demasiado lejos. ¿La fuente del problema es la desfachatez e irresponsabilidad del sistema financiero o de algunos de sus miembros? En parte sí, pero carece de interés, simplemente es necesario aplicar responsabilidades legales. Hay otros aspectos que creo son de verdad relevantes. Es obvio que algo más fallaba si el sistema buscaba enlazarse con ese cliente de alto riesgo. ¿Para qué intentar cazar algo que está a un quilómetro, si puedes hacerlo a 100 metros? Evidentemente para cazar más, aunque sea menos grata la presa. Pero los efectos de las *subprime* se han manifestado de manera que, siguiendo el ejemplo, parece como si aquello que interesaba era la cantidad de balas usadas en la caza, no la caza en sí. El ruido que se hacía con las balas, es decir, la publicidad, la expansión de la sociedad de consumo. De nuevo el consumo como medio para el crecimiento económico. Se desestimó la ausencia de valor real del producto, debido a la urgencia por encontrar en el consumo valor añadido, con productos de alto riesgo como las *subprime*. Y precisamente la nueva clase media, de una economía sostenible, deberá aportar por su cuenta ese valor añadido que necesita la red.

Se creyó que, con la diversificación de riesgos, mediante la mezcla de paquetes hipotecarios sanos con los llamados productos tóxicos, el sistema absorbería por sí mismo las pérdidas, sin llegar a detener nunca el ciclo crediticio. Creo que el error no está en el producto. La decisión de crear el producto es ya tendenciosa, y aquello que no se contempló es el motivo de fondo, que lleva al sistema a elaborar ese tipo de producto. La fuente del problema es no caer en la cuenta que de hecho, necesitar ese producto ya define a un sistema de crédito con una presión en aumento sobre el margen de beneficio. No por el riesgo asumible, pues hasta llegar a contabilizarse las pérdidas no podemos predecirlo, y llegado a ese punto cada banco puede dejar de conceder esos productos financieros de alto riesgo. Sino por la presión sobre el margen de beneficio en relación a la deuda que circula en todo el sistema. Pienso que no han sido las pérdidas que acumulaba el sistema, que de antemano cabe decir es una cifra inexistente, sin ponderar. Aquello que ha provocado la crisis es la aparición de nuevos actores financieros que diversificaban beneficios y aumentaban la presión sobre el crédito. Es decir, demasiadas personas se estaban enriqueciendo mientras bajaban, sin poderlo cuantificar, los márgenes de beneficio que la red financiera podía ofrecernos debido a la presencia de nuevos actores financieros.

Aunque nos estamos refiriendo a un sistema que funciona como un sólo cuerpo, la cifra total de riesgo no se contabiliza. Esa cifra total de deuda no existe, no está contabilizada, puesto que no hay aún gestores que la regulen.

Inevitablemente la historia es algo que siempre analizamos retrospectivamente. Nunca hablamos de algo que quizá pudo ocurrir. Por ejemplo hoy, de modo tácito, quizá podemos dar por inevitable la división de la población mundial entre aquellos que tienen acceso a la tecnología y aquellos que no. Nadie habla del asunto, pero es evidente que, ante el cambio climático o la nueva gripe H1N1, la dificultad para la supervivencia dependerá de ello y acrecentará las diferencias. Pienso que la injusticia está ante nuestros ojos, inevitablemente, y depende de nuestra decisión personal si logramos sobrellevarla, convivir con ella, y a pesar de todo ser capaces de proponer opciones constructivas, de participar en el debate social, y en la medida de lo posible contribuir a hacer de nuestro mundo un espacio mejor, más atractivo y más cómodo para todos.

Con esta intención sigo escribiendo. Sigue presente esa lucha de fuerzas, entre eros y tánatos, y de nada sirve pensar sólo en los resultados a corto plazo, sin mirar un poco hacia el futuro. Hoy comprobamos como la red de comunicación se ha visto invalidada, pero debemos continuar, avanzar, y contribuir en esa complejidad de modo constructivo. Por lo tanto, pudo ser la necesidad de mantener un pulso económico con otros mercados, con intención de mantener la hegemonía económica de EEUU en la escena internacional unos años más. O quizá el agotamiento inherente del propio sistema a sido la causa de la crisis.

Concluyo que hoy tenemos un serio problema, de difícil solución a corto plazo: hacer de nuevo que la red de comunicación cumpla con sus tres funciones económicas. Y que de ese modo podamos,

aunque carezcamos ya de ideología, asumir otra vez los principios que social y políticamente tenemos sobre la mesa: *la gestión del crecimiento de la población, de todos aquellos que formamos parte, en una misma red financiera que debemos cambiar y transformar según necesidades, para garantizar nuestra supervivencia universal en ella.* Esta vez con muchas más personas y por lo tanto mucho más complejo.

Una nueva red en una economía sostenible, capaz de dar estabilidad al mercado. Parece ser esa la solución más inmediata y adecuada por ahora. Pero quizá deberemos calcular por inmediata 8 o 10 años de cambios, de reequilibrios permanentes hasta la estabilidad.

Llegados a ese punto seguir en el análisis me invita a pronosticar soluciones de futuro, obligado a hacer ficción de posibles circunstancias sociales, o cambios tecnológicos que podremos encontrarnos. Nuevas tecnologías o nuevas necesidades donde aplicar nuevos productos y nuevos puestos de trabajo. Sin duda un futuro deslumbrante, enormemente estimulante. Puesto que la economía a más largo plazo será resultado de novedades tecnológicas y sociales que hoy son inimaginables.

Finalmente, deseo que todos esos cambios permitan una mejora sustancial de la calidad vida. De cuantas más personas en el mundo mejor.

Jordi Güell, 23 de agosto de 2009



La realidad no es justa por sí misma, sin antes intentar nosotros que se aproxime a la justicia. Pero precisamente, en la medida que se han ampliado y unificado criterios internacionales, a la vez que se iban interrelacionando más las diferentes economías, cabe imaginar que ese fin último por la supervivencia también se amplía, llegando a una búsqueda de aceptación de lo ajeno, el *otro*. Creo que es éste paso, la integración del *otro*, aquello que nos obliga a una economía sostenible, con márgenes de expansión dictados por la competitividad económica. En éste sentido, deslegitimados en el plano ideológico, entiendo la necesidad de un ética para la economía.